

# EL SABER GLOBAL COMO OBJETIVO DE LA UNIVERSIDAD

*Rosario Athié*

## **RESUMEN**

Ante la necesidad de repensar la Universidad, sirve como punto de referencia el modelo de «Educación Liberal» de J. H. Newman. A la Universidad humanista le compete la búsqueda del saber de manera desinteresada. Un saber global de la realidad supone la aportación de las diversas ciencias, por lo que el conocimiento adecuado de los fenómenos no puede privilegiar ni excluir la consideración de ninguna ciencia. Esta afirmación incluye el estudio serio y sistemático de la Teología. De otra manera, la visión de la realidad quedaría parcializada.

## **INTRODUCCIÓN**

La labor de repensar hoy la Universidad consiste en replantear los retos de la enseñanza superior ante las constantes sorpresas que ofrece la técnica y los eventos sociales. La difusión de la lengua inglesa en el ámbito académico no sólo obliga a los universitarios a perfeccionar sus instrumentos de comunicación a nivel técnico y lingüístico, sino a comprender la cultura de la que procede esa lengua. La adquisición de una segunda o tercera lengua no se reduce al conocimiento aislado de las palabras. La lengua inglesa, como la civilización británica, han sido vinculadas preferentemente con la técnica

y la mentalidad pragmatista, es decir, la inclinación por buscar los mejores resultados materiales y sociales al menor costo posible. Sin embargo, esta visión es parcial; si bien la mentalidad sajona es práctica (busca los mejores resultados y aprecia los hechos concretos), eso no significa que necesariamente caiga en el extremo del pragmatismo. En el ámbito universitario, el pragmatismo se traduce en supeditar la transmisión de conocimiento con el objetivo único de capacitar empleados, oficios, bienes materiales y beneficios sociales inmediatos. Ésta es una de las consecuencias de la educación propuesta por John Dewey. Mientras que la visión práctica lleva a la Universidad a considerar que, desde sus orígenes, su verdadera identidad es constituirse como una comunidad de profesores y alumnos que buscan desinteresadamente el saber. ¿Y los efectos prácticos? Se dan por añadidura, aunque no se busquen en sí mismos.

En este marco de referencia, el pensamiento de un autor inglés del siglo XIX, universitario consagrado, tanto en Oxford como en Dublín, sirve de referencia para comprender un modo de pensar muy británico al recapacitar sobre la realidad actual de las Universidades de habla castellana que reciben, inexorablemente, la influencia de la cultura anglosajona a través de sus publicaciones, técnicas, actividades y modos de vida.

A lo largo de las siguientes líneas se mostrará cómo la reflexión sobre los fundamentos de la educación superior de John Henry Newman sigue siendo del todo pertinente. En esta ocasión se abre el diálogo entre un maestro, Newman, y un discípulo que vive ciento cincuenta años después de que él escribiera sus **Discursos sobre la naturaleza y fin de la educación universitaria**. Se ofrece a continuación una propuesta armónica con el pensamiento del maestro en relación con la búsqueda desinteresada de un saber integral por parte de las Universidades que desean ser humanistas y no tecnológicas.

## UN MODELO DE UNIVERSIDAD PARA TODO TIEMPO

Newman considera que la educación implica una acción que afecta a la inteligencia y a la formación del carácter. Cuando se refiere a la comunicación del saber como educación, afirma que el saber es un estado o condición de la mente, lo cual vale la pena cultivar por su propio bien pues un saber que es deseable, aunque nada se derive de él, es un tesoro y un premio proporcionado a tantos años de esfuerzo. Bajo este enfoque puede apreciarse el tipo de Universidad que él defiende, el cual «coincide con el gran hallazgo del Occidente cristiano, es decir, un centro superior de investigación y transmisión de un saber libre, sistemático, formativo y desinteresado. Este tipo de Universidad ha sufrido en los tiempos de la modernidad un proceso —inevitable y comprensible— de fragmentación del saber, de subordinación utilitaria a los procesos productivos, de dependencia económica de los poderes estatales e industriales, de condicionamientos ideológicos y políticos»<sup>1</sup>. Newman nos permite volver a los objetivos originarios, al alma de la Universidad.

Los temas sobre educación, y más concretamente lo que él llamó «educación liberal», así como los principios que deben guiarla, ocuparon siempre su mente<sup>2</sup> de manera natural. Lo mismo siendo anglicano y trabajando como tutor de Oriel College de la Universidad de Oxford hacia los años 1825, que como Rector fundador de la Católica Universidad de Irlanda, treinta años después. Porque sus principios «derivan casi de la misma naturaleza de las cosas, se hallan recomendados incluso por la prudencia y sabiduría humanas, aun en ausencia de una iluminación divina; y son reconocidos por el sentido común»<sup>3</sup> como válidos para todos.

<sup>1</sup> MORALES, J., *Teología, experiencia, educación.*, p.137.

<sup>2</sup> Cf. NEWMAN, J. H., *Discurso 1*, n. 1.

<sup>3</sup> NEWMAN, J. H., *Discurso 1*, n. 2.

Aunque la reflexión de Newman sobre la educación universitaria se remonta a sus años de juventud, las controversias que surgieron, ya desde entonces, hicieron necesaria una sustentación de los principios de su filosofía. El primero de ellos define que la Universidad es un lugar que «enseña saber universal. Este hecho implica que su objetivo sea intelectual y no moral»<sup>4</sup>. Las controversias de los políticos de entonces se dirigieron hacia dos puntos: la utilidad de la educación y la supeditación de la misma a la religión. El primer punto se ha esclarecido en otro lugar (**Christian Higher Education, Journal**), por lo que en esta ocasión abordaré el segundo punto: ¿La educación que propone Newman está supeditada a la religión? Dicho con otras palabras, ¿el fin de la educación que se imparte en una Universidad, cuyos miembros confiesan una fe determinada, ha de centrar sus objetivos en la promoción de la práctica de la religión? Estas cuestiones se suscitaron en el ámbito político, tanto en Inglaterra como en Irlanda, cuando Newman propuso incluir la Teología como un objetivo a conseguir dentro de un plan de educación superior.

Se parte de la necesidad de una seria formación del intelecto teórico, gracias al cual se profundiza en las diversas ciencias adquiriendo, así, la necesaria cultura propia de un universitario. Esta formación intelectual va más allá de la transmisión de aquellos conocimientos adquiridos en otros tiempos por hombres de generaciones anteriores, sino que su mayor bien es llegar a configurar la mente de quien hace propio este género de educación.

## **SIGNIFICADO DE LA BÚSQUEDA DEL SABER POR SÍ MISMO**

Newman propuso un modelo de Universidad en donde el saber se considera su fin y su razón de ser. Sin el saber, la

<sup>4</sup> NEWMAN, J. H., *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria.*, p.27.

Universidad perdería su sentido, por lo que éste ha de ser buscado por su propio valor, desinteresadamente. Newman no sigue un modelo de Universidad eclesiástica en la que el saber es medio para la formación de futuros ministros; ni el modelo de Universidad técnica o utilitarista en la que no se pretende formar cultura sino capacitar trabajadores para la producción. El saber, como todo lo que es de gran valor, no tiene precio, se ama en sí mismo, se admira como un tesoro y con ese respeto se participa. Lo mismo sucede con otros bienes: las personas mismas, las obras de arte bello mayor y lo referido a la fe.

Antes de continuar, hace falta precisar que para Newman el sujeto principal de la Universidad es el alumno. Por ello aclara que la Universidad que propone, dadas unas circunstancias precisas del momento, se dedica a difundir y extender el saber, más que a hacerlo progresar. Hoy en día, dada la rapidez con que progresa el saber, los profesores que pretendan adquirirlo y difundirlo necesitarán investigar constantemente para actualizarse, de otra forma no podrán incidir en la inteligencia de sus alumnos a la altura académica propuesta.

Newman suele utilizar los términos con una precisión específica, por lo que conviene atenernos a su definición. «Cuando hablo de saber, me refiero a algo intelectual, algo que aprehende lo percibido mediante los sentidos, algo que adopta una visión del mundo, que ve más cosas de las que perciben los sentidos, que razona sobre lo que ve mientras que lo está viendo, que lo vertebrata con una idea»<sup>5</sup>. Nuestro autor hace hincapié en que el principio de verdadera dignidad del saber, considerado aparte de sus resultados, es la semilla contenida en el proceso científico y filosófico; por ello se justifica el cultivo del intelecto, sin supeditarlos a fines de otro género.

El saber, si es auténtico, otorga a la mente su propio premio. El saber es tan valioso que su simple presencia se

<sup>5</sup> NEWMAN, J. H., *Discurso 5*, n. 6.

enraiza en la persona a modo de un hábito, independientemente de que se emplee para otra cosa o sirva a un fin ulterior. La búsqueda del saber responde a una demanda de la naturaleza humana. «Tan pronto como escapamos de la presión de las necesidades imprescindibles, deseamos inmediatamente ver, oír y aprender, y estimamos el conocimiento de lo oculto o de lo sorprendente como una condición de nuestra felicidad»<sup>6</sup>. Se muestra entonces por qué la búsqueda del saber es el primer aspecto de la excelencia intelectual que lleva consigo la capacidad de contemplación, llegando a consolidar un hábito mental que se presenta ante cualquier tipo de conocimiento, tanto de leyes universales como el que tiene por objeto los hechos. El saber es una «iluminación adquirida, un hábito, una posición personal, y un don interior»<sup>7</sup>.

Una manera de resaltar lo que significa el saber para la mente humana es analizando algunos de sus frutos. Se puede resumir señalando que el saber pone la mente en forma, como sucede al cuerpo con el alimento y el deporte. Newman es consciente de la crítica que su modelo de educación ha sufrido, pues se consideraba que él despediría a los jóvenes simplemente con brillantes ideas generales sobre todas las cosas. Ante tal crítica, Newman primero explica que efectivamente no tiene fin práctico, y después muestra los efectos que dejan en las personas esas ideas generales, lo cuales son altamente provechosos para quienes los han adquirido. En sus **Discussions and Arguments** n. 304 explica: «Considero que siendo como son los quehaceres científicos intrínsecamente excelentes y nobles, acreedores de un lugar en la educación y fecundos en beneficios temporales para la comunidad, no son ni pueden ser, sin embargo, instrumentos de formación ética; que la física no suministra una base, sino únicamente materiales para el sentir religioso; que el conocimiento ocupa la inteligencia pero no la

<sup>6</sup> Newman está citando a Cicerón en *De Officiis*, I, 6, 18.

<sup>7</sup> NEWMAN, J. H., *Discurso 5*, n. 6.

forma; que la aprehensión de lo invisible es el único principio conocido capaz de vencer el mal moral, educar a la multitud, y organizar la sociedad». Aun añade que la ciencia profana, y aun el conocimiento teórico de las verdades sobrenaturales no son garantía para una vida de progreso moral, puesto que el hombre no se hace necesariamente mejor por el hecho de volverse más sabio o más culto. La bondad y la mejora interior del individuo son efectos de otro orden más elevado que exigen causas y medios proporcionados. La moralidad es un asunto práctico relacionado más con el hacer que con el conocer. De ahí que ser consciente de lo que significa un deber, no será equivalente a llegar a realizarlo. «El saber es una cosa, y la virtud es otra. El buen sentido no es la conciencia, los buenos modos no son la humildad, no la amplitud y acierto de las ideas equivalen a la fe. La filosofía, por ilustrada y profunda que sea, no proporciona dominio sobre las pasiones, ni motivos influyentes, ni principios vivificadores»<sup>8</sup>.

Newman zanja la discusión afirmando claramente que «si la virtud es dominio sobre la mente, si su fin es la acción, si su perfección es orden íntimo, armonía y paz, hemos de buscarla en lugares más serios y santos que una biblioteca o una sala de lectura»<sup>9</sup>, como son la Gracia a través de la administración de los sacramentos y la Palabra de Dios. Aunque no sea el saber el medio para alcanzar este género de bienes, sí que dispone la naturaleza.

Una vez que Newman acepta que su modelo de educación no tiene una finalidad moral, ni religiosa, ni conlleva otros fines prácticos, enumera también sus consecuencias. Existen una serie de efectos constatables en aquéllos cuya inteligencia ha sido cultivada por medio del saber, y quedan más claramente manifiestos ante el contraste con quienes no han tenido esa oportunidad o la han desperdiciado. Analicemos el primer

<sup>8</sup> MORALES, J., *Teología, experiencia, educación.*, p.140.

<sup>9</sup> NEWMAN, J. H., *Discussions and Arguments.*, n. 268.

caso: el cultivo de la mente capacita para comprender los principios sobre los cuales construir el propio intelecto, la propia capacidad para reflexionar; ello viene dado gracias a saberes como la Metafísica, la Lógica o la Matemática. Con dichos principios, la mente se capacita para juzgar basándose en fundamentos consistentes para tener firmes convicciones propias y superar los prejuicios.

Un segundo efecto del saber, particularmente importante, es que desarrolla la capacidad de comprender las consecuencias de una causa, sea ésta actual o potencial. Es decir que, una vez presentada la causa, se prevén enseguida los efectos que pueden derivarse de ella; o inversamente, al relacionar una serie de efectos aparentemente inconexos, se deduce su origen, causa o principio. De esta forma se comprende cuál es el punto determinante de un fenómeno.

En tercer lugar, el esfuerzo por alcanzar en alguna medida el saber desarrolla el hábito de captar inmediatamente lo que suponga una contradicción lógica. Tal aptitud deriva de la recta captación de los principios de causalidad y de tercero excluido, y es propia de quienes realizan acertadamente actividades como dirigir, diagnosticar, dar soluciones o aconsejar.

En consecuencia, quien tiene formada la inteligencia comprende las cosas en su justa proporción, lo cual es señal de verdadera madurez. De esta manera se sabe distinguir lo importante de lo que no es, se capta lo que afecta o no a los principios teóricos o prácticos, y se es suficientemente abierto como para interesarse sinceramente en las opiniones de los demás, aunque no coincidan con las propias<sup>10</sup>. Estos efectos se resumen en una característica que se espera encontrar en quien ha cultivado su inteligencia: la sensatez.

<sup>10</sup> Cf. MORALES, J., Prólogo de la edición castellana de EUNSA: *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria.*, pp.33-34.

Por lo contrario, aquellos que carecen de la suficiente cultura son deslumbrados por los fenómenos o apariencias. Son sujetos de manipulación y fácil consumismo, así como apasionados seguidores de ideales ficticios, presas de la ligereza y de la superficialidad.

## **EL SABER UNITARIO SUPONE EL ESTUDIO DE TODAS LAS CIENCIAS**

La propuesta de Newman ante la promoción del saber reconoce que la mente no puede captar un hecho de manera global, completa, pues no conoce el todo intuitivamente, no es capaz de captar su objeto en una sola «mirada». El conocimiento de la realidad requiere de diversos puntos de vista, con variadas metodologías de investigación, lo cual explica la diversidad de las ciencias. Del carácter incompleto de cada uno de estos enfoques se sigue que las ciencias deban prestarse apoyo unas a otras. Esta vinculación entre las ciencias no significa, sin embargo, la limitación de la independencia de cada una.

Sobre la base de esta circunstancia epistemológica, Newman considera que para que la Universidad sea un centro de saber integral, debe capacitar al alumno a conocer, por sí mismo, diversos enfoques de la realidad y ser capaz de vincularlos mentalmente. De esta manera, la Universidad se concibe como un centro de investigación y transmisión de un saber libre, sistemático, formativo y desinteresado, frente a la promoción de centros de instrucción, paralizados por la tecnología sin alma.

El saber desinteresado crea un puente hacia la acción igualmente desinteresada. Para andar por ese puente es necesario tocar tierra firme gracias a la comprensión de la realidad. Si la realidad es una y única, sin divisiones, el motivo por el cual la ciencia se diversifica se deriva de la limitación para comprender la realidad en su integridad. Es la mente humana la que abstrae la cantidad de la materia; el principio vital, del verde de una planta; el ámbito sobrenatural, del natural. Esta

última distinción sólo se explica desde la perspectiva de quien carece de suficiente capacidad intelectual como para que de manera natural abarque toda la realidad con todos sus matices. Por ello los científicos se sienten obligados a llamar «sobrenatural» a aquellas realidades que exceden su potencial de conocimiento, o que existen sin su intervención.

La Teología se considera aquí como un saber. Un conocimiento científico acerca de las verdades referidas a Dios, con una metodología propia. Es un sistema de conocimientos articulados de la misma manera a como le sucede al resto de las ciencias. Y es tan válido como la teoría de Newton. «La enseñanza universitaria sin Teología sería sencillamente no-intelectual. La Teología tiene por lo menos tanto derecho a un lugar en la Universidad como la Astronomía»<sup>11</sup>.

Esta manera de concebir la Teología está muy lejos de otra que considera la educación religiosa como el cultivo de sentimientos y de diversas posturas de la mente. Este enfoque no ve objeto al estudio de la Teología, basta con la promoción de determinadas prácticas externas y, con frecuencia, carentes de sentido para quienes las practican. También excluyen de las aulas a la ciencia de Dios quienes consideran que es una cuestión privada para unos cuantos interesados, relegando el saber religioso a la parroquia, el catecismo y el hogar, confundiendo la Teología con la religión bajo un enfoque laicista.

La siguiente cita es suficientemente elocuente como para mostrar lo que nuestro autor afirma respecto a la unidad y coherencia de la realidad. «El conocimiento es la aprehensión de los hechos, ya en sí mismos, o en sus mutuas posiciones e influjos. Y dado que todos en conjunto forman un objeto entero para la contemplación, no existen límites reales o naturales entre parte y parte. Un hecho entra en otro. Y todos, en cuanto percibidos por la mente, aparecen combinados y son correlativos unos a otros, desde los

<sup>11</sup> NEWMAN, J. H., *Discurso 2*, n. 9.

misterios más íntimos de la Esencia divina hasta nuestras propias sensaciones y conciencias<sup>12</sup>.

Esta visión integral de la realidad se contrapone a nuestro modo disperso de conocer. Por ello, nuestro autor prosigue señalando que «con toda su capacidad, la mente humana no puede captar este hecho global con una simple mirada, o entrar de inmediato en posesión de él. Por grados y por aproximaciones circulares se eleva la mente para hacerse con un cierto conocimiento de ese universo en el que ha nacido»<sup>13</sup>.

El realismo de Newman advierte la provisionalidad de nuestro conocimiento, por lo que también deja de manifiesto que la ciencia no tiene un carácter definitivo ni omniabarcante, sino que se llama ciencia a los diversos enfoques parciales o abstracciones por medio de las cuales el intelecto considera su objeto abarcando, en mayor o menor medida, una porción del saber.

Las ciencias, vistas absolutamente, «se aproximan a ser una representación o reflexión subjetiva de la verdad objetiva, tan precisa como es posible a la mente humana, que avanza hacia la aprehensión detallada de este objeto, en proporción al número de ciencias que domina, y que cuando prescinde de algunas ciencias logra sólo una aprehensión defectuosa, en proporción al valor de las ciencias que no se han tenido en cuenta, y a la importancia del campo que ocupan»<sup>14</sup>.

Ante tal dispersión, Newman evoca la necesidad de una ciencia de las ciencias capaz de apreciar el conjunto, porque es una ciencia distinta a las demás. Esto es a lo que Newman llama «Filosofía» y que en un sentido subjetivo significa «un hábito filosófico de la mente» que posibilita la vinculación entre los diversos conocimientos.

En esa búsqueda del saber integral, Newman justifica la presencia de la Teología en las aulas universitarias. Para ello acude a dos argumentos: la influencia que ejerce ésta en las

<sup>12</sup> NEWMAN, J. H., *Discurso 3*, n. 1.

<sup>13</sup> NEWMAN, J. H., *Discurso 3*, n. 1.

<sup>14</sup> NEWMAN, J. H., *Discurso 3*, n. 2.

demás ramas del saber, así como la influencia de las otras ramas del saber en la Teología.

Para mostrar la aportación de la Teología al conocimiento de las demás ciencias, Newman afirma que la omisión sistemática de cualquier ciencia en el elenco científico perjudica la precisión y el carácter comprensivo de nuestros conocimientos, en proporción a la importancia de la ciencia omitida. Y la omisión de la Teología parcializa el saber. Newman se refiere a una Teología como la ciencia de Dios, no estrictamente católica, sino monoteísta. Porque así como el principio vital actúa sobre el ser humano, así, «detrás del velo del universo visible, hay un Ser invisible e inteligente que actúa sobre el mundo y a través de éste, siempre que lo desea». Se trata de un Ser Supremo que es sencillamente autodependiente; un Ser sin principio ni fin, Eterno; suficiente para Su propia felicidad, así como feliz en todo y por siempre feliz; que es el Supremo Bien, todo sabiduría, todo verdad, todo justicia, todo amor, todo santidad; omnipotente, omnipresente, inefablemente, Uno y absolutamente perfecto. Dios es soberano en Su propia voluntad y en Sus acciones, Regla eterna del bien y del mal. Él ha creado todas las cosas a partir de la nada, las conserva en todo momento y podría destruirlas si así lo deseara. Las ha creado dotando a las cosas de sus respectivas naturalezas, y les ha otorgado una misión. Se relaciona con todas ellas mediante una particular Providencia y se manifiesta a cada criatura según su necesidad. Él ha impuesto la ley moral en los seres racionales, dándoles poder para obedecerla, y les ha impuesto el deber de adorarle y servirle. Al mismo tiempo los escruta y los penetra con su ojo omnisciente, y coloca ante ellos una prueba presente y un juicio futuro.

La Teología es la ciencia de Dios, de un Dios que se relaciona con sus criaturas. La Teología «nos habla de un ser infinito y, sin embargo, personal; felicísimo, y siempre operativo; absolutamente separado de la criatura, pero presente en cada parte y en cada momento de la creación; por encima de todas

las cosas, pero íntimo a cada una de ellas. Nos habla de un Ser que, siendo el más alto, se hace a Sí mismo el servidor de todos en la creación, la conservación, el gobierno y la retribución; que habita en la eternidad y, sin embargo, se interesa en asuntos de tiempo y espacio»<sup>15</sup>. Esta manera de concebir a Dios es la que alcanza nuestro conocimiento, o en principio podría alcanzar por sí mismo. Es una concepción común para los que comprenden la existencia de un Ser Supremo distinto de los seres. Desde esta perspectiva, la Teología no presenta dificultad para integrarse con las demás ciencias en el saber que configura la comprensión de la realidad.

Si tal es Dios, si Dios realiza una Providencia particular, no puede desvincularse del resto de las realidades que estudian las ciencias, ni de las asignaturas impartidas en la Universidad. Si se parte de que realmente Dios es así, no puede la Filosofía desconocer su influjo, como no desconoce cualquier descubrimiento o creación intelectual. Esta doctrina nos coloca —señala Newman— delante de una afirmación de las más altas verdades que la mente humana puede captar, y abarca un arco de temas de lo más diverso y amplio que no deja de incidir en alguna medida sobre la física, la metafísica, la ciencia política, la ética.

Por otro lado, la Teología de hecho ha estado presente, aunque no siempre haya predominado, en la consideración intelectual desde tiempos lejanísimos. Y su contenido está presente también en la literatura, en las artes y, de alguna manera, en todas las actividades humanas.

Por todo ello, si la Universidad tiene por objeto el saber, si la Teología es una de sus ramas, su importancia e influjo no puede retirarse de la educación «pública»<sup>16</sup>, porque equivaldría a mutilar el saber.

<sup>15</sup> NEWMAN, J. H., *Discurso 3*, n. 7.

<sup>16</sup> Se utiliza la misma expresión de Newman. En ese momento se discutía en el Parlamento si la Teología debía ser considerada dentro del currículo de los estudios de las Universidades públicas inglesas.

La propuesta de Newman se refiere directamente a la Teología natural para mostrar la importancia de este conocimiento en todo tipo de universidades; eliminarla es deshacer el tejido de la enseñanza universitaria. Pero en el caso del católico, Newman se pregunta, ¿cómo podría cultivar la filosofía y la ciencia con una debida atención a su objeto último, que es la Verdad, si omite en su enseñanza el sistema de hechos y principios revelados que constituye la Fe Católica, que va más allá de la naturaleza, y que él reconoce como máximamente verdadero?

Si bien el argumento anterior se opone a quienes pretenden una educación «laica», en un segundo momento —cuando Newman muestra la influencia que ejercen las demás ciencias sobre la Teología— quiere evitar la deficiente preparación científica de quienes piensan que, para adquirir una visión global de la realidad, basta con el saber teológico. Igual que sucede a cualquier otra ciencia, si la Teología pretendiera erigirse en el único exponente de todo lo que hay en el cielo y en la tierra, se entrometería en el campo de otros saberes que no son el suyo, se ocuparía de cuestiones para cuya solución carece de instrumentos, e incurriría en notables errores.

Newman señala con firmeza, y casi podríamos decir que con dureza, al referirse a aquellos que poseyendo un saber, centrados en una ciencia o en el ejercicio de un método de pensamiento, tienen una visión reducida, estrecha porque sólo son capaces de emitir juicios según sus conocimientos. Dada semejante estrechez, abunda la desconfianza hacia los demás saberes y una obstinación tal que llegan a despreciar a quienes no enjuician según su ciencia. Son «hombres de una idea» con un enfoque siempre parcial. Por otro lado, dicha estrechez de miras les lleva a pensar que la realidad es tan sencilla como sencilla es su apreciación de ella, por lo que se dice de ellos que «los que tienen en cuenta unas pocas cosas no tiene dificultad para decidir».

Cuando falta una ciencia, las demás pretenden ocupar el lugar vacío. Es elocuente el caso de la Economía política, cuyo objeto es suministrar las reglas para ganar dinero y disponer de él: éste es el ámbito que le corresponde. Pero ni su objeto ni su metodología le capacita para concluir que el dinero es o no es el fin último de todas las cosas, o que la riqueza deba buscarse a toda costa, o que es el camino para conseguir la virtud y el precio de la felicidad. «Tal proceder equivale a sobrepasar los límites de su ciencia, aparte de que tenga o no razón de formular esos juicios, dado que lo suyo es sólo establecer hipótesis»<sup>17</sup>. De ahí que un economista que ha sido universitario ha de tomar en cuenta otros saberes para ubicar su propia ciencia y el objeto de ésta en un marco de referencia más amplio.

## **RETOS DE LA UNIVERSIDAD RESPECTO AL SABER INTEGRAL**

A modo de conclusión, la propuesta de Newman de un modelo de Universidad Humanista lleva a considerar dos retos. En primer lugar, la inclusión de la Teología en la *curricula* formal se topará con la resistencia de quienes han pretendido extraer a Dios de la realidad. Newman la experimentó en su momento ante las autoridades inglesas que tenían una misma cabeza que fungía como autoridad religiosa y como autoridad civil. Si Newman hiciera esta propuesta hoy, tendría que debatirla ante un tercio de los eurodiputados, representantes de un abigarrado frente laico contra toda referencia religiosa; y el resto de los eurodiputados que no se atreven a contradecir a los primeros.

En segundo lugar, se toparía con la dificultad de mostrar que la enseñanza de la Teología en las aulas no es lo mismo que la promoción de la religiosidad. La religiosidad se

<sup>17</sup> NEWMAN, J. H., *Discurso 4.*, n. 10.

refiere a la práctica y esmero en cumplir las obligaciones religiosas, en la superación de la tibieza espiritual. Mientras que la Teología «amuebla» la inteligencia «formal», proporcionándole elementos de juicio a nivel científico, universal, y capacitando al intelecto para captar las relaciones de causa-efecto de los fenómenos, con una referencia a otra Causa no evidente de manera inmediata, pero sin embargo que interviene igualmente como agente.

La religión, en cambio, es vida, pertenece al mundo de lo concreto, de lo práctico. La religión implica un modo de vida, unas costumbres, un estilo de comportamiento; es una vinculación entre dos personas. La Teología, en cambio, explica cómo es esto posible.

Distinguiendo los dos ámbitos, el universal y el concreto, el científico y el vital, los universitarios estudiarán la Teología desinteresadamente, de la misma manera como se imparte. Y comprenderán que se trata de una asignatura indispensable para la comprensión global de la realidad. En contra partida, la religión supone un cierto interés porque no es fin, sino un medio, para la búsqueda de la virtud, de la vinculación personal con Dios.

La práctica de la religión no puede imponerse porque se refiere a la fe hecha vida. Entre los universitarios que han comprendido la realidad en su sentido unitario, sabiendo quién es Dios, podrán buscarlo con un fundamento mayor que aquéllos movidos hacia ciertas prácticas religiosas por la sola invitación de terceros, por una autoridad moral, por un sentimiento u otra circunstancia similar.

El reto por incluir la Teología como un elemento del saber se topa con dos dificultades: la irreligiosidad hasta el laicismo; y el recto afán por facilitar la práctica de la virtud, confundiendo la ciencia Teológica con la religiosidad. Tanto para unos como para otros, la propuesta de Newman podría resultar inoperante. De manera que el reto por alcanzar un conocimiento integral de la realidad dentro de la Universidad,

debe comenzar por comprender el valor del saber en sí mismo, para que sea un fin y no un medio, para que se busque desinteresadamente. Las consecuencias, se darán por añadidura. ●

## BIBLIOGRAFÍA

- BUTLER, J., **The Analogy of Religion**., New York., Dutton., 1936.
- GARCÍA RUIZ, V., **Suyo con afecto**., Madrid., Encuentro., 2002.
- KER, I., *Recent Critics of Newman a Grammar of Assent*., Religious Studies No. 13., 63-71 p.
- LLANO, A., **Repensar la Universidad**., Madrid., EIUNSA., 2003.
- MORALES, J., **Teología, experiencia, educación**., Pamplona., EUNSA., 1999.
- NEWMAN, J., **The Mental Philosophy of John Henry Newman**., Ontario., Wilfrid Laurier University Press., 1986.
- NEWMAN, J., **Epistemic Inference and Illative Judgment**., *Dialectica* No. 35, 327-340 p.
- NEWMAN, J. H., **An Essay in Aid of A Grammar of Assent**., Oxford., Clarendon Press., 1985.
- NEWMAN, J. H., **Autobiographical Writing**., New York., Sheed & Wards., 1956.
- NEWMAN, J. H., **Grammar of Assent**., New York., Columbia University Press., 1955.
- NEWMAN, J. H., **Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria**., Pamplona., EUNSA., 1996.
- NEWMAN, J. H., **Rise and Progress of Universities**., Oxford., University of Notre Dame Press., 2001.
- NEWMAN, J. H., **Suyo con afecto**., Madrid., Encuentro., 2002.
- NEWMAN, J. H., **The Idea of a University**., Chicago., Loyola University., 1987.
- WARD, W., **The Life of John Henry Cardinal Newman (Volum II)**., London., Longmans., 1912.